
VIVIR EN VACUIDAD

Geneviève Lanfranchi

Presentación

Teresa Guardans

¿Quien fué Geneviève Lanfranchi? ¿Qué sabemos de ella? Nacida en 1912; profesora de Filosofía en Beauvais (Francia); tesis doctoral presentada en la Sorbona (1948) bajo el título de *El método de Bergson. La exigencia espiritual*; en los años ochenta viviendo en una furgoneta, practicando surf, carteándose con Marcel Légaut y acercándose a Mirmande para dialogar con él, grabadora en mano. Fallecida hace pocos años, poco más hemos podido saber de su vida y de su entorno, salvo el autorretrato que se adivina en el texto que ofrecemos.

Se trata de un escrito que apareció formando parte de una antología sobre el Vacío y la experiencia espiritual¹. En él, Geneviève Lanfranchi expone su concepción del camino interior y lo acompaña de fragmentos de su “diario de travesía”. Son, en total, unas pocas páginas cargadas del poder y del valor de toda una vida dedicada, con absoluto vigor y rigor, a la búsqueda interior. La exposición de un enfoque y de un método. Pero, sobre todo, son el testimonio de un camino vivido, de un compromiso radical que nos pone en contacto con la autenticidad de una experiencia.

Desde un punto de partida ateo, la propuesta de Geneviève Lanfranchi consiste en hacer un uso de las capacidades humanas que posibilite niveles no habituales de conocimiento y de experiencia de la realidad. “De ese órgano extraordinario que es nuestro cuerpo -escribe- las personas sólo conocen unas pocas notas; cinco o seis, siempre las mismas; las que permiten a cada uno colaborar en el trabajo del conjunto”. El objetivo que persigue es el abandono de los límites de los mecanismos de egocentración que confinan a la persona y a todas sus capacidades.

¹ Geneviève Lanfranchi, “Vivre en Vacuité”, en *Le Vide, expérience spirituelle en Occident et en Orient*, París, Deux Océans/Hermès, 1981, págs. 271-289.

Tras tanteos muy diversos, concreta su método de trabajo en dos direcciones aparentemente opuestas: la que ella denomina “auscultación cualitativa profunda” y la identificación con el espacio exterior. Por un lado, disolver la solidez del ego mediante la inmersión interior lúcida, convirtiéndose, así, en testigo imparcial de sus juegos, desmascarando la infundada importancia personal. Por otro, disolver la frontera dualizadora del “yo” frente al “mundo exterior”: un proceso llevado a cabo con mucha imaginación y dedicación, involucrando en ello percepción, comprensión y sentir. Profundización y fusión, dos líneas de esfuerzo con un único objetivo: la comunión con lo ilimitado, lo innombrable, lo infinito.

Cuando Geneviève Lanfranchi intenta dar nombre a lo vivido, surge la imagen del Vacío. Un Vacío lleno a rebosar, una Noche que todo lo envuelve, un Espacio que lo engloba todo y en el que cada existir, cada ser, queda transformado. Percepción del propio ser como un fondo sin Fondo, idéntico al Espacio-Vacuidad. “Ningún asidero -insiste-, ni sensible, ni mental, ni de la voluntad. Nada. No volcarse hacia ninguna otra cosa. Entregar mi amor, sensible, ardiente, profundo, a ese dios desnudo”.

En la transcripción de uno de los diálogos con Marcel Légaut que se han conservado (Octubre, 1986), dice: “me río de mi propia posición. Digo que soy atea y es cierto, lo soy radicalmente; pero cuando necesito evocar el punto álgido de mi experiencia, ¿qué imagen utilizo? La de un Espacio-dios, celoso, tierno. Por supuesto, se trata sólo de una imagen, en la que «celoso» significa que ni amo ni deseo ninguna otra cosa (...). Y entonces, claro, mis compañeros racionalistas me dicen: «ni eres racionalista, ni eres atea!»”. Su ateísmo no le impide usar metáforas divinas para conducir su proceso o expresar su vivencia cuando éstas le resultan adecuadas, pero esas imágenes no pueden ser creencias o supuestos previos a su experiencia. Como apunta muy lúcidamente Légaut en la misma conversación, lo que ellos definen como teísmo o ateísmo les sitúa, de hecho, en dos actitudes muy distintas. Aquello que el buscador creyente formulará como una espera, fundada en la acción divina, para el ateo será -necesariamente- una indagación deliberada, basada en la propia decisión; sin detrimento de que el camino de ambos pueda desembocar en aguas muy cercanas, en el mismo mar de eternidad.

“- Lo que yo llamo búsqueda deliberada de la “pureza”, de la “cualidad profunda”, ¿le resuena con alguna similitud respecto a su ex-

perencia?”, pregunta Lanfranchi. A lo que Légaut responde: “Sí, si dijerais “deliberadamente esperada”. Ahí está la diferencia entre nosotros: yo la espero y usted la busca”. Y ella añade: “No, en cierto modo yo también podría decir que la espero, aunque sólo en cierto modo, es verdad. Porque si ya soy “eso”, no se trata de esperar sino de encontrar. Pero, cuando digo “buscar”, quiero decir poner la totalidad de mi ser en movimiento, con una esperanza”.

Las páginas de esos diálogos no ofrecen más detalles o concreciones respecto al método propuesto ni al itinerario seguido. Del pensamiento de Lanfranchi, la mejor exposición de que disponemos sigue siendo el texto que aquí reproducimos. Pero, por esos diálogos, sabemos que la dedicación principal de Geneviève Lanfranchi, a lo largo de los años, fue intentar abrir esa posibilidad a otros. (¿Dónde? ¿cómo?). Y, en ese aspecto, su vivencia es la de un rotundo fracaso. La mujer septuagenaria que dialoga con Marcel Légaut no duda del valor de su opción ni de la experiencia vivida; pero sufre por no haber podido ser más útil, por no haber sabido facilitar el camino a otros. No deja de preguntarse cuál ha sido su error de comunicación. Desea con todas sus fuerzas que sus tanteos, logros y fracasos sirvan a otros de incentivo. “No puedo aceptar así, de brazos cruzados, que la gente no comprenda, no explore, no desee ese tesoro que se halla en el interior de cada uno...” (octubre, 1986).

Su camino es único porque cada camino es único. Porque cada itinerario interior, si es sincero, es una creación personal irreplicable que de nada sirve copiar. Pero, por ello mismo, es maestra y compañera de caminantes. Ahí queda el testimonio de su proceso interior, tejido de reflexión, lucidez, coherencia, constancia y amor. Por encima de todo, amor. Una muestra de amor por la existencia, de pasión por no dejar escapar esa posibilidad de explorar la realidad en su radical misteriosidad, inmersa en las condiciones de su tiempo. Y la autenticidad del caminante puede llegar a ser muy contagiosa; más de lo que ella, Geneviève Lanfranchi, pudo percibir en vida.